



La mente del Universo

Mariano Artigas

Eunsa, Pamplona, 1999, 405 págs.

El tema de este libro es la posibilidad de tender un puente entre la ciencia y la fe religiosa, más específicamente, cristiana, por medio de una reflexión filosófica que hace pie en el hecho del conocimiento científico, sus supuestos, y el progreso de la ciencia.

La línea esencial de la argumentación consiste en que la ciencia posee determinados supuestos necesarios, que esos supuestos sólo son coherentemente pensables en el contexto de una filosofía teísta y creacionista, y que el progreso efectivo de las ciencias funciona como una verificación de la verdad de dichos supuestos.

Los supuestos de la ciencia a tener en cuenta, según el Prof. Artigas, son: 1) el ontológico, que afirma la inteligibilidad de la naturaleza, y que la ciencia contemporánea relaciona con las nociones de «información» y «auto-organización» del Universo; 2) el epistemológico, es decir, la capacidad de la inteligencia humana para conocer el orden natural, y 3) el ético, que refiere a los valores implicados en la actividad científica, especialmente en relación con la tecnología.

Estos tres supuestos apuntan a una imagen del mundo como un orden inteligible, y del hombre como un ser capaz de conocer ese orden, libre y éticamente responsable de las decisiones que toma respecto del mismo, cuya explicación última sólo puede estar en la

doctrina cristiana de Dios Creador del Universo conforme a un plan divino que el hombre puede conocer en calidad de creatura hecha a imagen y semejanza del Creador.

A su vez, el progreso científico funciona como una prueba de la verdad de estos supuestos. El argumento central aquí es que si A es condición necesaria de B, la existencia de B es condición suficiente de A. Ahora bien, los tres supuestos mencionados son condición necesaria del progreso científico, pues la ciencia no podría progresar si no considerásemos que el Universo posee un orden inteligible y que nuestra inteligencia puede conocer ese orden al menos en cierta medida, y si el Universo efectivamente no estuviese ordenado de ese modo, y nosotros no tuviésemos efectivamente esa capacidad. Luego, la existencia fáctica de ese progreso funciona como condición suficiente, o sea, prueba, de la verdad de aquellos supuestos.

Más aún, esto garantiza, en la opinión del autor, la «perennidad» de su tesis, que no puede ser desmentida por ningún progreso de la ciencia, sino que al contrario, sólo puede ser confirmada por ese progreso del cual dichos supuestos son condición necesaria.

El concepto central que estructura la visión unitaria que las ciencias ofrecen hoy de la realidad, según el Prof. Artigas, es el de «auto-organización». Consiste en una extensión a la totalidad cósmica de un concepto inicialmente biológico. Ello ha sido posible gracias a la concepción evolutiva del Universo que gira en torno a la teoría del «Big Bang», que permite hallar semejanzas entre la evolución cósmica y la evolución biológica.

La idea de «organización» es la forma biológica, por así decir, del orden de la naturaleza. Los avances de la física actual hacen posible, en la opinión de muchos, extender ese concepto también al mundo físico inanimado, desechando la idea de una materia puramente «inerte», y no reduciendo el concepto de vida al concepto de «automovimiento», lo cual permitiría, según el autor, afirmar un cierto dinamismo propio de la «materia» sin caer en el hilozoísmo o pansiquismo. Esto implica que el concepto de «organización» ha venido a ser sinónimo del concepto de «forma».

En el fondo de esta tesis está la concepción evolutiva, según la cual las formas superiores de orden proceden de las inferiores. La idea relacionada con esto es la de «emergencia», que describe, o a veces, intenta explicar, el «surgimiento» de niveles superiores y cualitativamente

diferentes, a partir de inferiores.

Llevada a fondo, esta idea de auto-organización implica una acentuación fuerte de la inteligibilidad y racionalidad de la Naturaleza. La Naturaleza no es solamente ordenada, sino que además posee una especie de dinamismo interno que apunta a la producción de un orden cada vez más perfecto. Por esta puerta vuelven a entrar en el pensamiento científico la finalidad y la teleología, excluidas desde los comienzos de la modernidad.

Aquí el Prof. Artigas debe enfrentar la interpretación reduccionista de este proceso. El materialismo filosófico, pero pretendidamente «científico», entiende que la «auto-organización» de la materia es la prueba definitiva de la no necesidad de un Creador inteligente, una especie de teleología inmanente, sin una Inteligencia Ordenadora trascendente.

El autor deja claro que esta tesis, en todo caso, no es ciencia experimental, sino filosofía. Su propia interpretación se orienta hacia la compatibilidad necesaria entre la acción de las causas segundas y la de la Causa Primera. La ciencia experimental no puede ir más allá del plano fenoménico que metodológicamente se ha autoimpuesto, y por ello no puede simplemente pronunciarse acerca de si la auto-organización de la materia es radical, o no lo es. Pero la filosofía, en el plano de la especulación metafísica, profundiza en las razones inteligibles de lo empírico y llega a la necesidad de que todo este dinamismo esté asentado en una Causa Primera necesaria y trascendente. El concepto de «auto-organización» puede llevar a la idea, a veces apuntada, de que el Creador ha conferido a la materia primordial la potencialidad de todo lo que en el curso de la evolución ha ido surgiendo de ella (haciendo salvedad del alma humana espiritual).

La dificultad aquí es que lo más no puede salir de lo menos, ni lo superior, de lo inferior, ni, en definitiva, el ser del no ser. La Omnipotencia divina, recuerda Santo Tomás, no se extiende a lo intrínsecamente contradictorio. La naturaleza inferior no puede dar de sí lo que no tiene, a la naturaleza

superior. En cuanto a las potencialidades de una naturaleza, dependen precisamente de ella, y no la superan.

Por otra parte, es necesario distinguir entre la potencialidad pasiva y la activa. La primera necesita para su actualización una causalidad actual proporcionada, según el dicho tomista: «Omne quod movetur, ab alio movetur».

La segunda supone la existencia ya en acto respecto de esa actualidad que se ha de comunicar a otro. Ninguna de las dos, por tanto, puede explicar el desarrollo interno de una naturaleza hacia otra naturaleza superior que recién entonces viene a la existencia.

El «automovimiento» de los vivientes, tal como lo explica Santo Tomás, no es absoluto: consiste más bien en que una parte en acto del ser vivo mueve a otra parte en potencia.

Lo que en todo caso no concedería nunca Santo Tomás, y en esto lo seguimos, es que el Creador pudiese dar sin contradicción a la potencia pasiva la capacidad de actualizarse a sí misma, sin un influjo causal actual proporcionado.

Nos parece que la categoría que podría ser útil aquí es la de «causalidad instrumental». El instrumento sí puede ser elevado por la acción transitoria del agente principal a un nivel de actuación y causalidad que supera su naturaleza, como sucede con el pincel del pintor. Es un punto delicado, pues implica no solamente afirmar la necesidad de Dios para que la evolución sea inteligible, sino también de una intervención en cierto modo sobrenatural del Creador en cada paso evolutivo importante.

Esta breve y esquemática reseña no agota la riqueza de la obra del Prof. Artigas. Particularmente, han quedado fuera de ella los otros dos supuestos, en los que aparecen los temas gnoseológico y ético. El libro, cuidadosamente pensado y estructurado, no es para leerlo de una sola vez, sino para la meditación y profundización progresivas, que recomendamos. 🍀

Néstor Martínez